

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE JOSÉ IGNACIO LACASTA “VUELTA DEL CASTILLO. MEMORIA HISTÓRICA Y FAMILIAR”

Como algunos de los presentes sabéis, dentro de nada yo cumpla 70 años. Un tiempo que da para acumular en el currículum una diversidad de empleos: desde el peonaje en una fundición de acero a un taller de tacones para zapatos en las Delicias; también, para tener registrado un sinfín de actos u ocupaciones de escaso provecho, contrarios a mi gusto o llanamente anodinos. Sin embargo, juro que a mi favor cuento con haber sido, de entre los piquetes que salían con los cubos de engrudo y las brochas, uno de los que mejor pegaba los pasquines de la cuadrilla. Aunque, lo reconozco, con una lentitud que exasperaba.

Bueno, pues dentro de estas rarezas con las que he vivido jamás se me había pasado por la cabeza que me faltaba presentar un libro. Pero puestos en rarezas, demos por bueno que este servidor, ágrafo sin nombre, oficie hoy el bautismo zaragozano de la última entrega editorial de José Ignacio Lacasta. Y recuerden los desmemoriados: ya en 1988 fue finalista del Premio Nacional de Ensayo.

Esta obra, *Vuelta del Castillo. Memoria histórica y familiar*, a mi modo de ver, podría dividirse en dos libros por separado como prefigura su propio título. Su parte primera, el análisis que trae al presente los acontecimientos de un ayer tergiversado u oculto, no es pasión reciente ni tarea nueva para el autor. No en vano, con anterioridad, ha dado a la imprenta otros trabajos que abren y enmarcan el actual: primero, *La memoria arrinconada en la Filosofía del Derecho española*, lección que publicó el Anuario de Filosofía del Derecho en 2010 y, después, *Memoria colectiva, pluralismo y participación democrática* que vio la luz en 2013. Ahora, aunque circunscrito a Navarra y Pamplona, con este ensayo —y el que glosará Virgilio luego— viene a reafirmarse en la conveniente unidad de los recursos, tanto históricos como memorísticos, para reconstruir esos pasajes pendientes del pasado; es decir, el derecho a la llamada *memoria histórica*. Reafirmación que para nada pretende desmerecer la autoridad de Álvarez Junco, aun de considerar éste que tal expresión es la suma de dos términos repetitivos e incompatibles.

La segunda parte, la referida a la memoria familiar y los agravios sufridos por los Lacasta Zabalza, se complementa y justifica con cuanto se describe en los capítulos iniciales. Estos, con el retrato de la Navarra carlista entregada al franquismo —amén de un interesante repaso al periodo prebélico—, reflejan las causas y efectos de un legado patrimonial dictado *ex professo* para la humillación y el despojo entre hermanos. Son causa y efecto por su contemporaneidad y por el marco político, social y jurídico que los ampara. Y, por lo tanto, deduzco que conforma para el firmante un rompecabezas —en sentido literal y hasta somático— donde encajan a la perfección los peores intereses y el enriquecimiento cainita: comprendo, pues, que salte a la escritura como un volcán.

Vuelvo a lo general. Por si alguien no lo sabe, la Vuelta del Castillo en la Pamplona de anteguerra era un paraje extramuros que en la Guerra Civil se usó de paredón de fusilamiento. Como aquí las tapias del cementerio de Torrero o en Madrid las de La Almudena, y como tantas otras de aquella España ensangrentada. Ajeno a los crueles sucesos, yo viví buena parte de mi infancia en la entrada de sus campos por la parte trasera de la ciudadela, en la Casa de Misericordia o la Meca, frente por frente a la Puerta del Socorro, lugar donde los sublevados de 1936 ejecutaban a los defensores de la legalidad republicana con pelotones activos incluso tras acabar la contienda. Correteé por sus glacis, puentes y fosos casi a diario durante el buen tiempo y mi inocencia de entonces no iba más allá de brincar los desniveles de sus murallas, coger moras y vestir contento la camiseta del Gaztelu Bira, el topónimo en euskera que daba nombre al equipo de fútbol del orfanato.

Para mí ha sido una lectura instructiva y emocional, especialmente por la deuda que confiesa José Ignacio con el impresionante libro *El olvido que seremos* del colombiano Héctor Abad Faciolince, compatriota de su segundo hogar y cuyo espíritu sobrevuela estas páginas. Se arropa, igualmente, con referencias de otros estudiosos que, como él, han indagado en la relación conflictiva que con frecuencia se plantea entre memoria y olvido. Como expresa la hermosa cita que reproduce de Gracián:

«Saber olvidar: es más dicha que arte. Las cosas que son más para olvidadas son las más acordadas. No sólo es villana la memoria para faltar quando más fue menester, pero necia para acudir quando no convendría: en

lo que ha de dar pena es prolixa y en lo que avía de dar gusto es descuidada».

El texto entero es una declaración apasionada de principios. Acentuadamente sentida cuando se relata la cuenta de 3.400 acribillados a tiros por sus ideas y abandonados después en descampados y cunetas, donde —para vergüenza general— muchos paisanos y lugareños buscan, todavía hoy y a su costa, los restos perdidos de sus allegados. Y remarca, para más inri, que esto pasó en la Navarra que no fue escenario de guerra sino una retaguardia sin frente ni trinchera.

También, entra de lleno contra los tópicos justificativos del Alzamiento por el caos y los errores republicanos cuando nos descubre el tremebundo testimonio de Antonio Lizarza Iribarren en *Memorias de la conspiración 1931-1936*. Con el grosero desparpajo del vencedor, el jefe del Requeté —la estructura de combate del carlismo—, reconoce los preparativos golpistas desde la misma proclamación de la República y los contactos, ya en 1932, con Mussolini del que recibieron preparación militar y fue proveedor de apoyo económico y de armamento. Todo tan planificado como la enorme y selectiva represión posterior que dejó programada Mola, para cuyo recuento menudo José Ignacio acopia datos de una prolija bibliografía —relevante la selección del escritor Miguel Sánchez-Ostiz, y su título *Escarmiento*— y pone bajo la lupa muchos de los episodios más escandalosos del territorio foral. Al respecto, creo pertinente resaltar una insistencia crucial de sus párrafos: «la violencia fascista también es económica y calculada [...] porque la propiedad de la tierra y el destino de los comunales constituyeron la causa socioeconómica número uno de las represalias y crímenes al socaire del golpe faccioso». Y más tarde ya se sabe: el tiempo convierte la injusticia en derecho.

No obstante la narración histórica, con ser buen auxiliar de la exposición, no puede soslayar el sentido primordial del trabajo de José Ignacio que es defender la conciencia y el buen proceder de sus padres. Le empuja un afán de concordia y agradecimiento que se enturbió en vida por aquel amor de juventud que habría de llevarnos, como se decía de los comuneros de 1871, a tomar el cielo por asalto. Con posterioridad, conocido el testamento de los Zabalza revienta de enojo contra semejante codicia y el deshonor familiar: ¿pasarlos por alto?, se pregunta. No, porque

el perdón, para ser tal, «supone la mediación de otra conciencia, la de la víctima, que es la única que puede perdonar».

En consecuencia, aplica a su causa los ejes sustanciales del derecho a la memoria: verdad, justicia y reparación. O sea, al menos que se sepa; o sea, al menos que se enteren los interfectos. Y sobra decir que, desde su publicación, el meollo de este relato ha ido en lenguas por las terrazas de Carlos III y la plaza del Castillo, en el chiquiteo del Casco Viejo y los carasoles, plazuelas y barbicanas de los pueblitos de la merindad.

El autor, volcado con ardor en esta defensa ancestral, también se desbrocha de par en par su clásica y habitual burberry de chico bien y nos muestra un desnudo biográfico —según él incompleto—, repleto de anécdotas, vicisitudes y costumbrismo sin que falte, aun de la rabia evidente, la chispa marca de la casa. La redacción, a pesar de un tono tajante en ocasiones, está sostenida y acotada por las convicciones y revela el mismo esmero con que antaño nos dejaba pulcra una octavilla, entonces sin asomo de concesiones a la corrección política. Y me permito significar, por ser virtud en desuso, el fervor con que reseña a sus primeros maestros, los que le infundieron valores; como celebro la fina atenuación dirigida a esos parientes usurpadores: «ni mi padre ni su familia eran corraliceros o roturadores aprovechados de las tierras del común», que viene a afirmar sin mentarla la calaña del adversario.

José Ignacio, termino con dos minucias. Una: si creyésemos en la otra vida, un tropel de amigos soplaríamos hacia el cielo sin descanso para que Miguel Lacasta Echauri recibiera este testimonio de gratitud, porque tu madre Milagros seguro que lo supo de antemano. Y dos: conoces el pesar que suponía para mí hacer esta introducción y leerla en público, pero no podía negarme cuando hemos purgado el propio dogmatismo, querido a la misma Tierra, confraternizado con idénticos ilusos y, sobre todo, porque todavía hoy nos reconocemos cercanos en la patria común de las ideas y el afecto. Gracias.

Librería Cálamo, 3 de diciembre de 2015. Festividad de san Francisco Javier, patrono de Navarra.